

Danilo Jiménez: rara dote del buen humor

Cuando en Danilo Jiménez vuelva a pensar e inevitablemente me será imposible no hacerlo creo que pensaré en una de dos cosas. Si decido reflexionar sobre su obra, su contribución a la Costa Rica institucional, pensaré en el Instituto Nacional de Aprendizaje. Porque se trata de una de las creaciones de la época de desarrollo del Estado que nadie, ni el más fervoroso de los neoliberales, ha hablado de cerrar o reducir. Se reconoce el indispensable papel que ha jugado en el tránsito de la Costa Rica rural al estado actual de progresiva industrialización. Y porque, a la par de Francisco J. Orlich y Alfonso Carro, Danilo Jiménez estuvo en su concepción y su inicio. Años después volvió a estar, ahora casi solo, en su reforma y ajuste definitivos. Por eso, pueden haber agregado nombres de quienes no estuvieron, pero el INA siempre recordará a quien supo imaginarlo y realizarlo.

Pero, y es posible que así sea como lo recuerde, cuando piense en Danilo Jiménez como persona, pensaré en su inagotable capacidad de solucionar problemas, aparentemente difíciles, pero que cedían ante su inagotable y rara capacidad de buen

humor. Me atrevo a decir “rara” porque, en verdad, creo que a los hombres públicos costarricenses es más frecuente observarlos enojados, lanzando rayos y centellas como Júpiteres tonantes, que demostrando una aguda vena humorística, que suaviza la atención y predispone a aceptar los planteamientos que hacen. Sus antecedentes de periodista y de actor tienen que haber influido. Su afortunadamente frustrado intento de seminarista puede también haber sido un primer intento de mostrar su capacidad de comunicador. En todo caso, la labor cumplida en varias administraciones tuvo siempre un sello muy personal y muy exitoso, de saber presentar una tesis con una sonrisa y de provocar más de una carcajada, sin que por ello disminuyera la seriedad del planteamiento.

En una y otra capacidad, lo cierto es que el amigo desaparecido me va a hacer falta, como indudablemente le hará a otros muchos. Por lo cual no hay duda de que volveré a pensar en él, en el futuro. Porque fue, como diría Unamuno, nada menos que todo un hombre.

CARLOS JOSÉ GUTIÉRREZ
EXCANCILLER-ABOGADO